

Eva Fogel: Luchadora, optimista y referente de varias generaciones

Victoria Alfaro

La doctora Eva Fogel es una mujer comprometida con la medicina y la sociedad. Llegó desde Rumania un año antes de que los nazis ocuparan Europa. Vivió con su familia en un conventillo y a los pocos días manifestó su interés por el estudio. A partir de allí no paró hasta hoy. Fue la primera mujer en ingresar a la Academia Nacional de Medicina e integra varias comisiones que la mantienen activa hasta hoy en una lucha constante contra la soledad. Su amor por el país que la cobijó es constante a pesar de que la dictadura “expulsó” a su familia.

¿Cuándo llegó a nuestro país?

Llegué a Uruguay en una época y en circunstancias bastante desastrosas, antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Vivíamos en Rumania en un pueblo muy chico, vinimos con mi madre.

Mi padre ya vivía en Uruguay, mediante la buena voluntad del ministro de Relaciones Exteriores de entonces, y un familiar nuestro logramos venir hacia aquí.

Llegamos el 28 de mayo de 1938, en aquel momento no llegaba a los 10 años, nos ubicamos como todo extranjero que llegaba en una casa tipo conventillo, donde vivían varias personas por pieza. Colgábamos la ropa en el patio.

Llegamos en un fin de semana y al lunes siguiente dije que quería ir a la escuela. El idioma lógicamente era una traba pero como el rumano es de origen latino, algo captaba.

Fui a la escuela Colombia, yo vivía en Pagola y Justicia e iba hasta la calle Blandengues y Arenal Grande. Entré a la escuela, a un primo le pedí que me escribiera algunas palabras en español, para presentarme a la maestra y a la directora.

Les dije que quería entrar a quinto año, de atrevida no más. Ingresé a quinto año y la maestra no sabía qué hacer conmigo. Le dije que sabía mucha matemáticas, que el idioma no lo conocía, pero le prometí que lo iba a aprender. Me puso al lado de una chica que entendía algo, pero se dio cuenta que ella no me trataba bien, así que me sentó a su lado.

A partir de ahí me senté al lado de la maestra durante el resto del año y pasé quinto. Después cambié de escuela porque nos mudamos, fui a la escuela México. Allí hice sexto, la maestra me preparó para entrar al liceo y empecé, y no tuve problemas con nada.



Terminé el liceo y entré al IAVA donde hice el preparatorio allí tenía que decidir qué tipo de preparatorio, y estaba entre ingeniería y medicina.

Me dijeron que en ingeniería no, porque la mujer en aquella época no trabajaba y que más bien siguiera medicina. Así que entré a Medicina, hice el preparatorio e ingresé a la Facultad en el año 1946, y me fue muy bien.

Incluso en tercer año entré como ayudante de Bacteriología, porque tenía que trabajar. Así fue desde el vamos: cuando empecé a manejar el idioma y estaba en el liceo, le daba clases a los chicos de la escuela para tener ingresos para el ómnibus.

Después cuando estaba en Bacteriología me daba para el abono y para ir los fines de semana al cine o a un concierto.

Terminé Facultad, primero fui practicante interno, que en aquel momento llevaba un año y medio de preparación, y en ese tiempo me case. Mi esposo en forma paralela entró en la Cátedra de Bioquímica de ayudante de investigación.

El problema fue después cuando terminamos los dos y no había ingresos. Así que me quedaba en el hospital para preparar el concurso de Grado 2 y comía en el hospital, me sentí muy realizada pudiéndolo hacer.

Me recibí el 1° de abril de 1955. Concurse para el Grado 2 en el servicio de Purriel, antes de terminarlo ya hice el Grado dos en Neumología, y luego hice el concurso de ingreso en salud pública en neumología.

No me podía quedar sin cargo porque sino kaput en lo económico (risas). Así que era un concurso tras otro, en neumología hice el Grado 2, pero mientras tanto ya tenía el cargo en Emergencia.

El servicio del doctor Pablo Purriel se mudó al Hospital de Clínicas cuando este abrió sus puertas. Algunos quedamos en el Hospital Maciel y otros se fueron al Clínicas.

Yo en enero de 1954 entré en el Clínicas y salí en el año 1992. Todo ese tiempo estuve en el centro universitario, donde cursé para practicante interno, Grado 2 y Grado 3 en el servicio de Purriel y simultáneamente Emergencia y el cargo de salud pública.

¿Cómo fue esa trayectoria en el Hospital de Clínicas, que comenzó siendo una referencia a nivel regional y luego fue decayendo?

Lamentablemente fue así, fueron varias etapas para el Hospital de Clínicas, que decayó mucho durante la dictadura. Recuerdo que en aquel momento tenía todos los cargos en Emergencia. En las décadas del 70 y 80 teníamos enfermos durmiendo en el piso en colchones. La gente no se acuerda, se piensa que el desastre es ahora pero viene de hace mucho tiempo.

Lógicamente con profesores como Purriel y otros, mi experiencia fue muy buena. Nunca quiero decir que los de antes son mejores que los actuales porque no corresponde, pero teníamos otra formación, otro respeto por los profesores, otra conducta.

¿Qué es lo que más rescata de ese período?

La relación entre los profesores y los médicos, entre los médicos y los estudiantes, entre los médicos y los pacientes, era diferente.

Nosotros teníamos que estar a las 7 de la mañana en el Hospital, elegir al enfermo con quien íbamos a dar clases a los estudiantes, y con el mayor respeto acercarnos a la cama del paciente y decirle “buenos días”.

Con Purriel, durante dos semanas íntegras teníamos que dedicarnos a enseñarles a los estudiantes cómo tratar a los enfermos: en una sala del hospital, en una policlínica, en el domicilio, en la calle y con la familia.

¿Esa relación se ha perdido?

No sé si es tan así. Te digo lo que era en aquel momento.

Nos aplicaron esos conceptos a hierro, eran muy exigentes, si llegábamos tarde nos conocían por el sonido de los tacos (risas).

A mí me gustaba esa rutina, me sigue gustando y uno queda como embebido en esa enseñanza. La Emergencia fue mi vida, pero llegó la dictadura y fue un gran descalabro. Pasaron cosas muy fuertes que no son ni siquiera para relatar. Fue una época tremenda, empezaron las penurias para mucha gente y para mí también.

¿Cómo la afectó la dictadura militar?

No sabían ubicarme, para algunos era comunista y para otros era imperialista. Lo más importante que puedo rescatar de ese período fue que en el año 1975 cuando llevábamos dos años de dictadura, el decano de aquel entonces, Gonzalo Fernández, mandó una orden expresa, un telegrama colacionado a la Emergencia de que había que hacer un servicio de toxicología, y rápidamente.

La única en aquel momento que en la Emergencia estaba dedicándose a ese tema cuando venían los intoxicados, era yo. El 6 de enero me citan para que tenga todo pronto para fin de año.

Hice prácticamente un abandono de vacaciones, hijos y marido, me vine a Montevideo y empecé a trabajar. Comencé a buscar gente que me apoyara en distintas áreas, dentro de la Medicina, la Veterinaria, el Agro, los medicamentos, etc.

Elegí las personas por lo que sabían y no por su pelo político y ese fue el gran problema. Llegó un momento cuando me llamaron para preguntarme por qué había elegido a tal o cual persona, que debí despedirla porque no era del color que debía ser.

La verdad que me emocio cuando me acuerdo, porque siento un dolor en el alma. Los elegí porque servían no por otra cosa.

Llegó un momento cuando me dijeron te vas o le dices a esa persona que se vaya. Les dije que prefería irme, entonces le dijeron a la persona que tenía que salir y se la llevaron presa.

Me fui para la Emergencia (porque no me podían sacar) pero seguía atendiendo a los pacientes. En resumen esto se prolongó en una cosa muy lamentable, me retiré parcialmente, pero era la única que tenían en Toxicología, no había otra.

Seguimos trabajando y después me reintegraron a Toxicología porque no podían seguir solos. Allí empezamos a trabajar muy fuerte, hasta que cambió el decano y aquello se transformó en una Cátedra y pasamos a ser centro piloto para Latinoamérica y el Caribe con dinero que nos dio Canadá.

Fuimos el primer centro informatizado del Hospital de Clínicas. Realmente Toxicología es mi tercer hijo

A los 65 años cuando terminé en la Facultad tenía el Grado 4 en Emergencia y el cargo de Grado 5 en Toxicología.

Antes de terminar se me planteó ir a la dirección de la Escuela de Graduados o a la Universidad. Vino Jorge Broveto a hablar conmigo y me pidió que fuera a la Universidad y terminé como directora de Bienestar Universitario. Allí estuve 9 años desde el año 1992 al 2001.

¿Cómo fue el trabajo en Bienestar Universitario?

Tuve que aprender, era un trabajo social y a mí me gustaba. Ahí trabajamos en la ley de becas para los estudiantes, que fue en el año 1994; se trabajó muchísimo para lograr las becas para los estudiantes.



Se podría haber hecho mucho más, pero no era fácil. Cuando entré a Bienestar los funcionarios me esperaron con una pancarta en la calle, no me voy a olvidar nunca.

Todos los políticos vinieron a hablar conmigo porque querían votos a través de las becas. Nadie se puede imaginar lo que era, presionados por cuanto político había.

Sin embargo, lo más triste fue el cuestionamiento político que entonces se me hizo, y eso todavía me duele.

Todo fue porque años atrás, durante la dictadura, a un señor se le había ocurrido que el doctor Ríos Bruno, que era mi superior en Emergencia Grado 5 y yo éramos comunistas, y por lo tanto teníamos que salir de la Emergencia.

Me llevó varios años, jefatura y SID mediante, situación que no se la deseo a nadie. Por entonces mi esposo se fue a Brasil porque tuvo problemas en la Facultad.

Yo también hice la reválida en Brasil por las dudas. Mis hijos estaban acá pero no aguantaban esa situación. Mi hijo era medio rebelde y resultó que a los 17 años se fue, antes que terminara la dictadura.

Resolví la situación luego de pasar por todos esos organismos. En la jefatura tenían un expediente enorme, con cosas inauditas. Cada vez que iba les decía a mis hijos que no sabía si volvía y les dejaba indicaciones.

En aquel momento ya tenía un cargo de jefe en Salud Pública. En la Jefatura me dijeron: "ahora tiene que sacar en dos diarios, uno era El País, una nota diciendo que usted no es comunista".

Llegué a mi casa llorando porque no lo podía hacer a pesar de que no era comunista, no tenía sentido.

El sábado siguiente llegó mi esposo de Brasil, le conté lo que estaba pasando y que no podía ir, decidió él ir a poner el aviso al diario, para que saliera entre los remates, en páginas que nadie lee. Pero al otro día salió en la primera plana.

A partir de ahí esa publicación repercutió en la interna de la Facultad de Medicina hasta hoy en día.

La verdad es que nunca estuve en ningún partido político, no tenía tiempo, con mis dos hijos, mi madre bajo mi cuidado, el estudio para los concursos, más trabajar en la mutualista y en el hospital, no podía.

Había mucha gente de izquierda en el Hospital de Clínicas, trabajábamos juntos pero eso no quería decir que uno fuera comunista, yo no tenía ninguna actividad.

Lo peor es que la dictadura expulsó a mi familia. Mi marido volvió pero ya no se sentía cómodo, mis hijos se fueron y cuando murió mi esposo me quede sola.

Mis hijos están muy bien en el exterior, mi hija es médica, se graduó acá y se fue enseguida. Ahora es jefe de servicio en el Memorial de Nueva York, en la parte de oncología geriátrica. Mi hijo es ingeniero químico y trabaja en la OPS en Texas, y yo... estoy sola.

Neblic[®]
Nebivolol

El β -Bloqueante
de tercera generación

PRESENTACIONES:
Estuches conteniendo 20 y 30 comprimidos
de Nebivolol 5 mg.

NEBLIC[®]
Nebivolol 5 mg
20 Comprimidos
Lazár S.A.

NEBLIC[®]
Nebivolol 5 mg
30 Comprimidos
Lazár S.A.

LAZAR

¿Nunca se lo ocurrió irse de Uruguay?

No, bajo ningún concepto. Primero porque no voy a correr detrás de mis hijos y además le debo mucho al país, a pesar de todo.

¿Es ese sentimiento de deberle tanto al país, lo que la hace trabajar tanto a esta altura de su vida?

Bueno, son varias razones, pero vamos a decir la verdad: la soledad es muy fea y hay que ocuparla.

Ocuparme en cosas sociales me pareció más lógico que jugar a las cartas. Fui la primera mujer que entró a la Academia Nacional de Medicina. Ingresé en el año 2000, fue todo un acontecimiento, hubo una ceremonia y vino toda mi familia.

Cuando llegé a la Academia no sabía cómo ubicarme ni dónde, era una cosa rara. Pero era histórico porque la Academia existe desde el año 1974, y ya estábamos en el 2000 y no había ninguna mujer. Los hombres no sabían que hacer conmigo (risas).

¿Cómo fue para usted ser una mujer en un mundo de hombres?

No me sentía distinta, ni tampoco pretendía que me trataran diferente. Además comencé a trabajar enseguida en la Comisión Directiva de la Academia.

¿Cómo ha sido el trabajo en una Academia que es poco conocida por la sociedad uruguaya?

En la sociedad el trabajo de la Academia trascendió bastante poco. Era un grupo cerrado pero luego tendió a abrirse en varios temas: educación continua, violencia, la colegiación, comenzamos a trabajar desde varios lugares sobre todo durante los últimos años.

Ahora entraron una cantidad de temas nuevos: docencia, interacción con otras academias latinoamericanas y del mundo. Es un trabajo interesante, se está volcando más a la comunidad, antes era un mundo encerrado y académico.

Como muchas academias en el mundo, pero resolvimos que tenía que abrirse más hacia la sociedad y los médicos.

Se está trabajando en este sentido y por suerte se han formado varios médicos.

¿Cómo se trabaja con casos de mala praxis, teniendo en cuenta que se trata de colegas?

Es una comisión honoraria que depende del MSP. Somos 15 personas entre médicos y abogados, todos Grado 5. Es mucho trabajo, estudiamos los casos, los analizamos y damos nuestra sentencia.

Pero no somos policías, podemos hacer una observación, una amonestación, mandarlos a estudiar un poco y suspenderlos.

Más allá de que no son jueces, ¿la opinión de la Comisión debe pesar en la comunidad médica?

Claro, a nadie le gusta ser observado ni amonestado en su actividad, es una mancha en su legajo. Eso sí, tratamos que no repercuta en su trabajo.

Trabajamos mucho con las observaciones. Pero a veces no hay más remedio porque la mala praxis existe.

¿Han constatado un aumento en los casos de mala praxis?

En base a las denuncias diría que sí. Hay cada vez más expedientes, a veces son reclamos con justicia, otras veces no, pero cada caso se estudia en profundidad y las 15 personas lo analizamos.

El nombramiento de los integrantes de la Comisión lo hace el Presidente de la República a propuesta del ministerio.

La política no tiene nada que ver en la comisión y si pasara sería la primera en irme.

A pesar de eso cuando pasó del gobierno de Jorge Batlle al gobierno del Frente Amplio la cosa cambió, pero para bien porque ya era gente muy mayor, y pusieron más personas del Frente, pero insisto allí no se refleja nada político.

Sería la primera en irme, es un trabajo de mucha responsabilidad, pero honorario.

Ahora estoy haciendo muchas cosas, también en la Fundación Braille, donde conformamos una comisión de trabajo.

¿O sea que se metió en otra actividad?

Sí, pero siempre hay una motivación, ¿cuál es la mía en este campo?, mi hijo tiene tres niños, una de ellos es ciega de nacimiento. Entonces me dije: tengo que hacer algo por los ciegos.

Y bueno, aquí estoy, trabajando junto a varias personas. La que se acercó también fue la señora de Seregni, formamos una pequeña comisión y comenzamos a trabajar.

¿Su interés es seguir trabajando?

Hasta que aguante. También dejo tiempo para caminar por la rambla, para ir a un concierto, al cine y al teatro.

¿En algún momento pensó que ingeniería se le había quedado por el camino?

Sí, porque la matemática y la física me encantan, pero no lamento haber elegido Medicina, lo volvería a hacer porque me gusta de alma.

Además me siento muy rodeada por todos mis alumnos. Por ejemplo Ana Otero a la que le hice la entrevista, trabajó años conmigo, y como ella fueron varias generaciones.

La vida es pelea y disfrute, rescato lo positivo, estoy sola y debo pensar así. Disfruto todo lo que puedo económicamente y lo que me otorga el tiempo.